

Y ví tambien tus ínclitos campeones,
Aquellos hijos que te dan honor,
Aquellos que sus fuertes corazones
Presentaron al bárbaro invasor.

Yo los miré políticos y urbanos
Con el amigo que se muestra fiel,
Y fuertes los miré con los tiranos
De esa nacion vecina tan cruél.

Yo los ví abandonar sus pátrios lares
Al escuchar el ruido del cañon,
Y su sangre miré correr á mares
Guiados á la lucha por Leon.

Y las trovas oí dulces, sentidas,
De tus poëtas, suelo sin igual,
Trovas sonoras, gratas y fluidas,
Que placer me causaron celestial.

¡Salve, Oaxaca, salve pátria hermosa
Del amigo mas bueno para mí:
Que lejos de mi España, el alma ansiosa,
Su amor eterno te consagra á tí.

¡Salve, ciudad risueña, dulce suelo,
Do impera la sublime religion;
Salve, que verte es mi mayor anhelo,
Y tuyos son mi afecto y corazon.



HIMNO

A LA

DIVINA PROVIDENCIA,

EN EL ULTIMO DIA DEL AÑO. (*)

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente,
Atónito mi espíritu te siente.
„Melendez.”

Sonò, Señor, tu voz Omnipotente
En el inmenso espacio, y los abismos
Se estremecieron vïolentemente:
La eternidad en sus cimientos mismos,
Se estremeciò tambien con fuerza horrible,
Y retembló en su centro, asáz terrible.

(*) Hace un año que tuve el gusto de leer un hermoso himno á la Divina Providencia, escrito en elegante prosa, en 1846, por D. Juan Nepomuceno Bolaños, mi amigo íntimo; y seducido por la claridad y belleza de sus pensamientos, hice la presente poesia, siguiendo fielmente la composicion de mi referido amigo. En

En la capacidad grande, infinita,
E insaciable de bellas creaciones,
Como un trueno sonó tu voz bendita,
Cual la descarga de hórridos cañones,
Porque era del poder la voz aquella,
De la Sabiduría Grande y Bella.

Quisiste hacer los cielos, y al momento
Millones mil y mil de Serafines
Brotaron de tu Eterno pensamiento,
Y Arcángeles sin cuento y Querubines:
Como suele brotar la fragua ardiente
Sus fulgurantes chispas al ambiente.

Las altas criaturas, admiradas
De tu magnificencia y poderío,
Ante tu trono viéronse postradas,
Porque era bendecirte su albedrío;
Y absortas tu grandeza contemplaron,
Y cánticos de gloria te entonaron.

El tiempo fué, Señor, la obra primera
De tu inmenso poder, porque en el mundo
En él empiezan todos su carrera,
Hasta ese Sol radiante y rubicundo:
Todos, sí, menos tú, Dios de clemencia,
Pues principio no tuvo tu ecsistencia.

tonces se la dediqué y se imprimió; y ahora que le consagro, como una corta, prueba de lo mucho que le aprecio, este tomo de poesias, la coloco entre éstas porque la considero como la menos imperfecta que ha producido mi limitado talento.

Al escuchar tu voz Omnipotente,
Dejó la eternidad, y en rauda vuelo,
Recorrió los espacios velozmente,
Obedeciendo plácido tu anhelo:
Cual de la arca salió tras nube oscura,
Volando blanca la paloma pura.

Velóz aun mas que el mismo pensamiento
Del Arcangel, jamas halla demoras
Ni diques que le tengan un momento:
Deja detras de sí las raudas horas,
E impulsado por Dios y como él solo,
Mide volando el uno y otro polo.

El sol radiante su carrera un dia
Suspendió caminando ácia su Ocaso;
Mas el tiempo pasó con osadía,
Sin detener, á su presencia, el paso;
Y desdeñando al astro rey del cielo,
Imperturbable prosiguió su vuelo.

Todo sujeto se halla á mutaciones:
Todo puede alterarse, detenerse,
Y sufrir en el mundo variaciones:
Todo puede mudarse y suspenderse;
Pero el tiempo jamas sujeto ha estado
A los demas objetos que has criado.

Como súbdito fiel, cumple obediente
Con tu mandato santo, positivo;
Y rápido camina y velozmente
A dó tú le sacaste compasivo;
Sí, va á la eternidad negra, espantosa,
Dó le dió el ser tu mano poderosa.

Y en su curso veloz, arrebatados
Son los siglos, los hombres, las naciones,
Y los cielos de estrellas tachonados:
Como suelen los fuertes aquilones
Arrebatarse las hojas de la rosa
Y arrojarlas al mar ancha, furiosa.

Sí, todo tiene fin: la tierra impía,
Los evos y los años, todo acaba,
Porque todo principio tuvo un día
Y en el caos de la nada todo estaba. . . .
Solo tú, Santo Dios, mi Padre tierno,
Pues nadie te dió el sér, eres eterno.

A su término este año ha ya llegado:
El *hasta aquí* de su existencia toca;
Y al borde del abismo se ha acercado,
Que abre, para tragarle, su ancha boca:
En la terrible eternidad va á hundirse,
Para en la triste *nada* confundirse.

¿Dónde esa infinidad de horas han ido?
¿En dónde, en donde están, Dios Trino y Sumo?
¡Nada ecsiste ya de ellas! . . . Han huído
Cual en el viento se disipa el humo:
No tornarán ya mas al triste suelo,
Mientras tú imperes en el alto cielo.

Solo impresas las huellas han quedado
De nuestras obras en tan fiero instante;
Y en el alma del hombre desdichado,
La reflexion durísima, importante,
De que cuenta ya un año *mas de vida*,
Y uno *menos* del tiempo de *partida*. . . .

Es justo, pues, ¡oh Eterna Providencial!
Que los mortales, ante tí, de hinojos,
Te den, en pago á tu eternal clemencia,
El corazon y el alma por despojos;
Y que gracias te den, reconocidos,
Por los inmensos bienes recibidos.

Sí, Padre de bondad: de noche y día
Bendecirémos tu sagrado nombre;
Y hasta tu trono augusto y de María
La plegaria ferviente irá del hombre;
Del hombre que en tu amor pone su gloria,
Y en tu bondad eterna su memoria.

Homenage pequeño á tu grandeza
Es el nuestro; mas ¡ah! que tú no miras
Sino del alma al grado de pureza,
Porque pureza solo ¡oh Dios! respiras:
Pues cual mereces tú, ni los Querubes
Te alabarán entre brillantes nubes.

Por eso yo mi destemplada lira
En tu alabanza pulso en dulce calma,
Porque mi pecho con tu amor respira;
Porque te adora sin cesár mi alma;
Y sé que para tí, *Bien de mis males*,
Sonará cual las arpas celestiales.

Mas ¡ah! desentenderme no podria
De tan grato deber, Padre el mas bueno,
Pues depositas en el alma mia
Ese lenguaje de misterios lleno;
Ese lenguaje que el placer derrama,
Y que sublime inspiracion se llama.

Yo te bendigo, sí: yo te bendigo,
Porque esa inspiracion no me has negado,
Y tu doctrina salvadora sigo:
Porque del ateísmo me has librado,
Y has libertado mi existencia en suma,
De esa incredulidad que al hombre abrumba.

Si de tu realidad firme evidencia
No tuviera, gran Dios, el alma mia
Un Sér de bondad lleno y de clemencia,
De perfecciones santas finjiria:
Un Padre cariñoso á quien amara,
Y á quien mis penas miseras contara.

Pues sin esta idea pura,
De ventura,
Que aliviara mi dolor,
Errante me juzgaria,
Y tendria
De mí mismo ¡oh Dios! horror.

Sin consuelo en mi tormento,
Sin contento
Me encontrara en mi penar:
Sin padre que me cuidara,
Y lograra
Mis lágrimas enjugar.

Mas tú no huyes de mis ojos:
En los rojos
Rayos te miro del Sol:

Y de la noche en la calma,
Cuando el alma
No contempla su arrebol.

Te admiro en el cielo amado,
Tachonado
De estrellas que luz nos dán;
Y te conozco en la hormiga,
Que una miga
Lleva de cándido pan.

Te veo en la Luna hermosa,
Silenciosa,
Que alumbra rústica cruz;
Y en la luciérnaga bella,
Que destella
Rayos de pálida luz.

Yo te admiro sorprendido,
Al ruído
De la negra tempestad;
Cuando sierpes de luz lanza,
Con pujanza,
Silbando con crueldad.

Y tambien, Señor, te admiro,
Cuando miro
Ese arco-iris relucir,
Que colocaste en el cielo,
Porque el suelo,
Viera el fin de su gemir.

Te reconozco, si, pronto,
Cuando el Ponto
Miro inquieto rebullir,
Cual suele de una caldera,
En la hoguera
El líquido ardiente hervir.
Te he sentido cuando has hecho,
En mi pecho
Mi corazon palpar,
Y cuando la sangre siento
Con contento
Por mis venas circular.

Mas ¿quién, Dios piadoso, podrá no mirarte,
Si no hay una parte que no te dé á ver?
Los mares, los cielos, que existes revelan;
Las aves que vuelan con dulce placer.

Tan solo el ateo negarte podria;
El alma que impía se goza en el mal:
Aquel que dijera "no hay Dios en el cielo;
„No hay mas que este suelo: no hay alma inmortal."

La luz de la aurora caerá, sí, en sus ojos:
Los rayos tan rojos del Sol mirará:
Verá en esas rochas serenas y bellas,
Las blancas estrellas que el cielo tendrá.

Verá esos luceros que alumbran palacios,
Y son los topacios que adornan tu sien:

Verá de los campos la grata hermosura:
La rosa tan pura y el lirio tambien.

Verá sucederse las cuatro estaciones:
Verá cien millones de flores lucir:
Sentirá el ardiente calor del Estío:
Del invierno el frio que obliga á sufrir.

Oirá de las aves el canto armonioso:
Verá con reposo sus hijos cuidar:
Su sed apagarla podrá en clara fuente,
Cuya agua el ambiente la riza al pasar.

Verá... Cuanto existe verá; mas su pecho
De dudas desecho tendrá atroz dolor:
Porque esos afectos sentir no le es dado
Al hombre malvado que niega al Señor.

Ni un dulce recuerdo tendrá dentro el alma:
Jamás de la calma gozar podrá él:
Porque estas son flores que en rústica roca
Nacer no les toca, sino en un vergel.

Recibe, pues, Padre, de tu alcázar santo
Mi férvido canto nacido de amor:
Los votos escucha de una alma afligida,
Que implora rendida, tu gracia, Señor.

Haz, sí, que mi pátria feliz de hoy mas sea;
Que libre la vea de guerra civil:
Que el año que asoma nos mire ya unidos
Si hasta hoy divididos nos vió veces mil.

SONETO.

Trabaja el labrador asiduamente
Para aumentar el fruto que ha sembrado;
Y sufre y vive en eternal cuidado,
Sin mostrarse un momento negligente.

Suda copiosas gotas de su frente,
En tan continuo afán, el desdichado:
Pero al fin su desvelo ve premiado,
Alzando una cosecha sorprendente.

Así el virtuoso que en el triste suelo
Virtudes siembra, y la virtud predica,
Vive por siempre en eternal desvelo:

De su alma las pasiones mortifica;
Mas deja de existir, y halla, en el cielo,
Una cosecha, de venturas, rica.



¡POBRE MUGER!

En los jóvenes furor,
Y en viejos indiferencia
Hallareis, bella Lecnor,
En todos poca indulgencia
Y en ninguno largo amor.
„Arolas.”

¡Pobre muger! tan hermosa,
Y ya naces destinada
A ser siempre desdichada,
A vivir siempre llorosa
Sobre la tierra malvada.

¡Pobre muger! creces pura,
Y en tu divino candor
Te halaga la voz de amor,
Como el aura que murmura
Halaga á la tierna flor.

Y abres tu seno amoroso
Al primer hombre tal vez

Que se muestra cariñoso,
Creyendo en ser tan hermoso
Que haber no puede doblez.

Que solo sabes amar,
Y en sus palabras creer
Que te han llegado á abrasar;
Y llegas luego á llorar
Tu engaño ¡pobre muger!

No ves que el hombre procura
Tu amor alcanzar hermosa,
Y deshacer tu ventura,
Como deshoja una rosa
Cuando gozó su hermosura.

Solo ves, cuando él ufano
Te dice que fiel te adorá,
Un rendido amante, humano,
No el sangriento y vil milano
Que halaga y luego devora.

Tú no puedes comprender,
Cómo se puede fingir
Lo que no es dado sentir;
Mas te hace luego sufrir,
Y lloras ¡pobre muger!

Lloras, sí, lloras rendida
Al ver rota tu ilusion:
Lloras por siempre afligida,
Viendo, á quien diste la vida,
Burlarse de tu pasion.

¡Pobre muger! ángel tierno,
Juguete del hombre aquí,
Yo miro tu llanto eterno,
Y me lastimo de tí
Al ver tu dolor interno.

Pobre flor encarcelada
Eres dentro del boton
Por las auras columpiada,
Rosa del tallo arrancada
Despues por el aquilon.

Eres paloma inocente,
Que pura y llena de afan,
Te entregas tranquilamente,
Al terrible gavilan
Que te devora inclemente.

Ser descendido del cielo
Que en sí las gracias reasume:
Flor divina de consuelo,
Que esparce por todo el suelo
Su delicado perfume.

Flor, si, cuyo blando aroma
Se afana el hombre en gozar
Cuando fragante se asoma;
Y que la llega á arrojar
Cuando en sus manos la toma.

Rosa de colores rojos:
De hojas suäves, divinas,
Nacida entre mil abrojos,

Bella del hombre á los ojos
Mientras la ve con espinas.

Mas que cuando la despoja
De ellas, de constancia ageno,
Poco á poco la deshoja,
E ingrato despues la arroja,
Sin compasion en el cieno.

¡Pobre muger! ¡desgraciada!
Desprecia ese tierno acento
Del que te llama su amada:
¡Ah! deja que el raudó viento
Su voz lleve envenenada.

Mas ¡cómo sufrir el hielo
El fuego del sol ardiente
Sin deshacerse en el suelo!
¡Cómo mostrarse inclemente
Con aquel que ruega, el cielo!

¡Como la tierna viöla,
El aura grata al sentir,
A su halago resistir
Y no abrirle su corola,
Y su caliz ¡ay! no abrir!

¡Como la jóven sencilla,
Llena de fé y de candor,
No rendirse al dulce amor,
Si en la faz del seductor
La pasion ardiente brilla!

¡Infeliz, triste muger!
El hombre te hace esperar
Una vida de placer;
Mas se burla de tu ser
Y te abandona á llorar!

Te llama su dulce vida
Hasta mirarte á él rendida,
Y te estrecha entre sus brazos;
Y despues hace pedazos
Tu honra tal vez y te olvida.

¡Pobre muger! tan hermosa,
Y ya naces destinada
A ser siempre desdichada,
Y á vivir siempre llorosa
Sobre la tierra malvada.

¡Ah! si: llora sin cesar
Y riega el suelo con llanto:
Que yo á tu duro penar
He de unir siempre mi canto
Que en tu defensa he de alzar.

Mas falsos todos no son:
Que hay hombres de alma tan pura,
Que antes con el corazon
Les quitarán su ternura,
Que hacer á nadie traicion.

Por eso no hay que creer
Ciegamente ni dudar,
Sino observar y escoger

Al que juzgues te ha de amar
Por siempre ¡pobre muger!.....

¡Pebre muger! yo quisiera,
Pues siempre pura apareces,
Que el hombre no te ofendiera,
Y te amara cual mereces,
Con pasion firme y sincera.

Yo quisiera, ya que el cielo
Tan sensible te hizo ser,
Y eres del hombre el consuelo,
Que nunca en el triste suelo
Sufrieras ¡pobre muger!



ZORAIDA.

POESÍA ORIENTAL.

¡Por tu amor
Asi tan ardiente lloras?
¿Quién te ha dicho que las horas
Llorando pasan mejor?

T. R. Rubi.

¿Por qué viertes, dulce encanto,
Duro llanto
Que me inunda de dolor?
¿Qué le falta á tu albedrio,
Dueño mio,
Que no te ceda mi amor?

Tu capricho el mas ligero,
Placentero